

Entre “machos” y “putos”: estilos masculinos y prácticas violentas de una hinchada de fútbol.

José Garriga Zucal

IDES-CONICET

“El proceso de convertirse en hombre involucra factores psicológicos, sociales y culturales que no tienen nada que ver con la genética, pero que desempeñan un papel tan determinante como ella, si no más”

Badinter 1994

Introducción: *Hinchadas, violencia(s) y prestigio.*

Este trabajo propone analizar el papel de la violencia en la conformación del modelo masculino que poseen los integrantes de las “hinchadas” de fútbol. “La hinchada” es uno de los nombres nativos con que se identifican uno de los grupos organizados de espectadores que acompañan a un club de fútbol¹. Los datos aquí expuestos son el resultado de una investigación etnográfica realizada a partir del año 2004 entre los integrantes de “la hinchada” del Club Atlético Huracán². Los integrantes de la hinchada³ son jóvenes de sexo masculino, que habitan en el barrio cercano al estadio, pertenecientes a los estratos medios y bajos de la sociedad.

Las hinchadas tienen, según sus integrantes, tres cualidades distintivas, que los diferencian y los aglutinan. La primera es la *fidelidad*: estos simpatizantes afirman ser aquellos que a pesar de las condiciones desfavorables asisten a los partidos, sin importar si la adversidad tiene facetas deportivas o climáticas o de largas distancias. La segunda cualidad que los define es el *fervor*: según ellos son los únicos espectadores que durante todo el

encuentro deportivo saltan y cantan, alentando a su equipo sin importar si éste pierde, gana o empata.

La tercera cualidad será ampliamente desarrollada en estas páginas y tiene que ver con *las prácticas violentas*. Los miembros de la hinchada, según ellos mismos, ponen a disposición del honor del club sus posibilidades violentas para no ser ofendidos por las parcialidades adversarias. Es decir, que los pibes consideran que subyacente al encuentro futbolístico se dirimen cuestiones de honor y prestigio del club y de sus simpatizantes que sólo pueden debatirse en el plano de la violencia. Ramón⁴, un joven miembro de la hinchada, en una charla me decía al respecto: “*no sabés las veces que yo me jugué la vida por Huracán*”, relacionando el honor del club con la violencia y mostrándose como actor en la defensa de la virtud de la institución.

Éste honor tiene una dimensión directamente ligada a la masculinidad. Es la hombría de los hinchas la que se pone en juego junto a la dignidad de los colores; en una pelea con grupos deben con coraje y valentía exhibir que ellos son los “machos”, que tienen “huevos” y que los rivales son “putos”. Proponemos en este trabajo argumentar que la distinción no se realiza sólo frente a los miembros de las otras hinchadas, con quienes comparten las representaciones de las prácticas sino que se distinguen de los que no entienden a la violencia como parte de su estilo masculino.

“Los cagones”, “los huevos” y el aguante

Ramón cuando recordaba al ex líder de la hinchada, el Gallego, resaltaba “los huevos” como particularidad que lo distinguía a la hora de luchar. Decía que el fallecido jefe tenía “unos huevos” y hacía una seña que manifestaba el gran tamaño de estos, un gesto que expresaba lo gigantesco de estos huevos. Así llaman los hinchas y, buena parte de los hombres argentinos, a los testículos. Poseer “el aguante” requiere de valentía, coraje y arrojo

para enfrentar al rival, para hacerle frente al riesgo del desafío físico. Y sólo los que tienen huevos poseen la bravura, el valor y la intrepidez de atreverse a luchar. En el relato de Ramón los huevos del Gallego aparecen sobredimensionados manifestando que no era un luchador como todos sus compañeros, sino que sobresalía de la media⁵. Para Ramón, El Gallego era buen luchador porque tenía huevos. Estableciendo una relación directa entre la posesión de huevos y los saberes que distinguen a los que tienen aguante.

Una canción de la hinchada de Huracán expresa esta relación en una estrofa dice: *“tenemos huevo/tenemos aguante/ no como el cuervo que es vigilante”*. Para los hinchas los que tienen huevos tienen aguante, son los que van “para adelante” y no temen enfrentar a un rival. Los huevos son expresión de brío y temeridad en el enfrentamiento físico⁶.

La carencia de huevos es sinónimo de carencia de aguante. En una canción los Quemeros dicen: *“San Lorenzo sos cagón vos no te la aguantas porque no tenés huevos/ cuando ves a Huracán siempre vas pa’ tras/ siempre sacas los fierros/ yo le pido a sanlore que aguante un poco más no vamos a ver de nuevo/ porque en cancha de Huracán lo vamo’ a ir a buscar/ lo vamos a prender fuego/Che Cuervo cagón ya no chamuyes más/ porque va a perder un trapo más”*. El rival es representado como cobarde, o sea “cagón”, sin aguante porque carece del elemento que hace a los luchadores bravos y valientes. Según los hinchas por esta ausencia los simpatizantes de San Lorenzo retroceden en el enfrentamiento corporal contra los Quemeros. Ir “pa’ tras” y “sacar los fierros” son señales de cobardía; los huevos, atributos ausentes en la hinchada cuerva, hacen que los luchadores no teman y no retrocedan en el fragor de la batalla.⁷

Los huevos son el atributo que define a los que tienen aguante, los que no tienen huevos son cobardes, “cagones”. Coco refiriéndose a un enfrentamiento físico con los hinchas de Chacarita decía: *“Vos viste como los corrimos...estos putos no tienen huevos para palearnos...no les da la nafta”*. Yo había sido testigo del enfrentamiento y podía certificar,

según sus valores, que los habían corrido. En su perspectiva los rivales habían corrido por que no tenían huevos para quedarse a enfrentar (“para pelearnos” dice Coco) a los Quemeros. Sin huevos no hay aguante. Cuando Coco dice que a los rivales no les daba “la nafta” para enfrentarse está diciendo que carecen de la valentía y el coraje suficiente para afrontar a un rival en un combate. La cobardía enunciada en forma de miedo, en su manifestación del otro como “cagón” tiene distintas dimensiones; todas ellas relacionadas con la falta de aguante.

Los huevos unen cualidades físicas y de personalidad (Gil 1998). En el plano físico, están asociados con la reproducción y limitan los espacios con los polos opuestos, con lo femenino. En el plano de lo personal, se encuentran relacionados con las habilidades de lucha, de resistencia al dolor y de carencia al riesgo. La masculinidad y el aguante entretienen su relación a través de los huevos. Los atributos masculinos no son los huevos, ellos sirven como figura metonímica de los caracteres que definen la hombría. Aquí debemos mencionar que la valentía, el coraje, el arrojo, la bravura, el valor y la intrepidez son los caracteres que definen a “los hombres” y que estos caracteres deben probarse en una lucha corporal contra adversarios. Según los términos nativos los atributos masculinos hacen a la hombría. Y está se prueba en enfrentamientos corporales. La relación entre la masculinidad, sus atributos y la bravura en la lucha vincula al aguante con el universo masculino.

“Cosa de hombres”

En diversas oportunidades escuché vincular al aguante como atributo de la masculinidad, de los “machos”. Pelear, resistir y no temer son cualidades de los “verdaderos hombres”, conocimientos distintivos. Esta distinción revela el lugar esencial que adquiere la práctica violenta en la construcción de los elementos masculinos. Como afirmábamos en otro trabajo (Garriga 2005) un hincha decía: “*Soy macho porque me la aguanto*”, expresando que

para los integrantes de la hinchada el aguante es la afirmación simbólica y práctica de la hombría; transformándose en la característica primordial de la masculinidad.

La competencia por el bien simbólico aguante, que remite al plano de la violencia en su dimensión de enfrentamiento, es una competencia que pone en juego la masculinidad (Alabarces 2004; Garriga 2005). Entre los miembros de la hinchada no encontraremos ninguno que no afirme que se *“la aguante”*. Todos dicen poseer aguante. Tito, ante la pregunta fue categórico: *“yo me la aguanto”* enfatizó mientras cerraba el puño y lo dejaba caer sobre la mesa del bar. La duda no entraba dentro de las posibilidades. Se acomodó la campera de una reconocida marca deportiva y siguió contando sus experiencias en la hinchada. El aguante es la noción nativa más rica y compleja del universo de los hinchas. Noción que conjuga saberes prácticos, que sólo pueden ser probados a través de acciones, y elementos constructores de diferencia.

En una oportunidad le pregunté a Coco, tal vez con demasiada ingenuidad, si él se la aguantaba. Coco me miró con asombro. Con el tiempo entendí que esa pregunta en otro contexto y en otro tipo de relación puede ser interpretada como un desafío, un reto. Preguntarse si se la aguantan es, muchas veces, el paso anterior a una lucha corporal, una pelea, que defina quien se la aguanta y quien no.

La complejidad de la noción aguante radica en su articulación entre lo práctico y lo poseído. A su doble acepción de verbo y sustantivo. Además, es una noción poco teorizada por los nativos, ya que está ligada a lo práctico, a lo corporal vivido (Garriga y Moreira 2006). Ante la pregunta sobre que es el aguante: trastabillan, se enmarañan en explicaciones que terminan graficándose en ejemplos de luchas, riñas y reyertas varias. Tito, con una sonrisa entre dientes y la cuchara golpeando la mesa del bar me comentaba que *“aguantar es pararse siempre, en desventaja, quedarse y poner el pecho”*. Tito indica que en todas las bandas siempre hay algunos que se *“la aguantan”*, pero están *“los que se paran y los que son*

relleno...en Huracán son cincuenta y cincuenta...pero en los cuervos, son más pendejos, se paran pocos..el 30 por ciento.” El uso de porcentajes expresa la cotidianeidad del tema, la distinción entre los que se “paran” y aquellos que funcionan de “relleno” refieren a los términos del enfrentamiento. Tito en su comparación buscaba argumentar las diferencias con el rival de toda la vida, sustentando de esta forma la falta de aguante contrincante.

Pararse y poner el pecho son términos que remiten a la acción de lucha, al enfrentamiento. Aguantársela remite a las riñas, a las contiendas físicas, a como afirman las voces nativas: “*pararse*” a “*poner el pecho*”. Coco luego de relatar con lujos de detalles un enfrentamiento con simpatizantes de San Lorenzo confirmaba que los rivales habían “*corrido*” en tres oportunidades en el mismo enfrentamiento, que no se habían “*plantado*” y que al huir del enfrentamiento demostraban su cobardía y carencia de aguante. El relato informaba la posición de los luchadores, los enfrentamientos corporales, la pertenencia del rival al grupo de simpatizantes caracterizados como “*la gloriosa*” (nombre de la hinchada de San Lorenzo) y narraba la forma en que los “*corrieron*”. Finalizaba diciendo, entre risas y con orgullo por la performance de su grupo, que “*los cuervos no se la aguantan... ni la puntita se la aguantan*”. Para las hinchadas el que “*corre*”, el que “*no se para*” o “*no se planta*” no tiene aguante. El aguante es el concepto nativo que relaciona prácticas violentas y masculinidad, equiparando los significados: “*macho*” y “*aguante*”.

Como afirma el Elbaum (2003) el mensaje violento también está destinado a las mujeres, aunque sea indirectamente. Ellas que están en poco número en los estadios están siempre en los horizontes de los protagonistas de acciones violentas. En ellas está uno de los destinatarios en las sombras de los hechos violentos (Segato 2003). Los pibes saben que ser parte de la hinchada y protagonizar actos violentos los llena de prestigio en sus barrios y les permite conquistas en su dimensión sexual. Rambo y Coco en varias oportunidades repetían que gracias a estar en la hinchada se “*garchaban un montón de minitas*”; el éxito en la

conquista sexual es interpretado como parte de demostrar aguante. El principal destinatario en las sombras, del mensaje violento, son los hombres que no hacen de la violencia su marca distintiva, hombres que para los hinchas no son del todo hombres.

Los estudios etnográficos realizados en clubes europeos exhiben lo masculino como esencial en la identidad de los hinchas. Bromberger (1993) realizó una etnografía de los seguidores del Nápoles y del Olimpique de Marsella, y analizó a la masculinidad como uno de los factores más importantes en la estructuración de identidades para los simpatizantes europeos, exhibiendo al fútbol como un espacio privilegiado donde los individuos afirman su hombría. Así mismo, los hooligans en su adolescencia entran en procesos de socialización donde deben demostrar masculinidad (Armstrong 1999). Los jóvenes, para ser considerados como hombres, deben probar valentía en peleas callejeras, demostrar virilidad al concretar un gran número de relaciones sexuales con acompañantes ocasionales, evidenciar que están preparados para emborracharse en los pubs y luego afrontar las peleas que son el clásico desenlace de noches de embriaguez. Los jóvenes socializados en este espacio aprenden a ser “duros”, a ser “machos”. Los estadios de fútbol y las peleas que en este ámbito se originan son un excelente campo en donde demostrar características masculinas.

Tito en una charla me confirmaba que la violencia y la masculinidad están íntimamente ligadas, que ir al frente en una pelea es probar la hombría, que el que va al frente “*es el más macho, el más pulenta*”⁸. Tanto en la Argentina como en Inglaterra el fútbol se construye como una arena propicia en donde se puede, a través de las acciones violentas, probar la masculinidad. Sin embargo, encontramos diferencias entre las prácticas violentas de ambos países. Según Armstrong (1999) la violencia de los hooligans legitima la identificación con el mundo masculino adulto. En cambio, en el caso argentino los jóvenes luchadores buscan, a partir de su participación, la identificación con lo masculino contrapuesto a lo homosexual: el “otro” el que no pelea o el derrotado no es un “niño” sino un “puto”.

“Son todos ‘putos’, la puta que los parió”

La hinchada de Huracán viajaba hacia la Paternal, donde está ubicado el estadio de Argentinos Juniors, en cuatro micros repletos de pasajeros. Los simpatizantes asomados a las ventanillas y colgados de las puertas cantaban mientras movían rítmicamente los brazos. Descendieron de los micros unas cuadras antes de llegar al estadio. Caminando, cantando y saltando recorrían las cuadras que separaban los micros del ingreso, cuando se produjeron unos desmanes. Corridas, piedrazos, nerviosismo, gritos desesperados. Unos veinte simpatizantes de Argentinos se acercaron por una calle transversal y se produjo un momentáneo intercambio de proyectiles. “*Aguante el bicho*”⁹, “*aguante la paternal*” gritaban mientras tiraban piedras y botellas. Los Quemeros que superaban ampliamente en número a los locales reaccionaron tirando piedras y yendo “a buscar”- al encuentro- a los rivales. Un hincha de Argentinos con la camiseta que lo identificaba calló al piso con la nariz sangrante, un compañero intentaba socorrerlo cuando los Quemeros corrían hacia ellos. La policía actuó rápidamente y dispersó a los locales, disparando con sus escopetas balas de salva. Los hinchas “del bicho” se fueron corriendo por la misma calle transversal por la que habían aparecido. Dos hinchas locales habían quedado en el piso. Algunos hinchas de Huracán quisieron perseguir a los simpatizantes de Argentinos y otros querían robarle la camiseta al caído. Pero la policía los obligó a dirigirse hacia el estadio. Hubo corridas cuando la policía empezó a disparar sus balas sobre los visitantes, que a paso rápido se fueron hacia la puerta de ingreso. Durante el partido los Quemeros satirizaban a su rival diciéndoles que los habían corrido de local. Terminado el partido caminábamos hacia los micros con los nervios de punta; temíamos que los locales vuelvan a intentar un encuentro. Musqui, un miembro de la hinchada decía que había que estar atentos porque los rivales podían aparecer en cualquier momento. Pero al mismo tiempo que instaba a ser cautelosos subestimaba al rival diciendo que si aparecían había que correrlos de nuevo. Haciendo referencia al encontronazo antes del partido explicaba

“que los putos de la Paternal no se habían plantado”, que sólo “habían tirado unas piedras”. Terminó la frase mirándome a los ojos y diciéndome, buscando mi aprobación: *“que querés si son todos putos”*.

El puto es definido por su falta de aguante. Luego de la reyerta, recién relatada, los simpatizantes Quemeros cantaban: *“Ooo, no tenés aguante/ Oooo, ooooo/ oooo No tenés aguante/ Bicho puto, vigilante”*. El otro, que según su percepción había rehuido al enfrentamiento, es considerado como puto al no poder probar su aguante.

En las representaciones de la hinchada se constituye un modelo binario. “Macho” es el que afronta “el combate”, yendo “al frente”, el que se la aguanta. Por el contrario, puto es el que huye del campo de batalla rechazando el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, el que teme el “mano a mano”, el que no tiene “aguante”. De esta forma, “los pibes” se distinguen de los hombres que no poseen los atributos que hacen al “macho” y, al mismo tiempo, de lo femenino. Cada grupo social designa cuáles son las virtudes masculinas para exceder al podio de la hombría, para la hinchada es “el aguante”. Los hombres no “machos” se caracterizan por su carencia.

A través de la construcción de una alteridad homosexual se distingue del sexo opuesto. Como afirma Badinter (1994) hay ciertas constituciones viriles que dicen que el “verdadero hombre” no debería tener nada de femenino. Pero no sólo se distingue de lo femenino sino también de aquellos grupos o sujetos que, según sus propios parámetros sociales, no encajan en su modelo ideal de masculinidad. Aquellos que biológicamente comparten sus características sexuales pero que no poseen la misma identidad masculina, ya que sus representaciones corporales y sus prácticas son distintas, no son incluidos dentro de la categoría de macho, considerándolos como putos.

Comúnmente en la Argentina se designa como puto al homosexual pero las concepciones de los hinchas son mucho más complejas. Señalar como puto al que no tiene

aguante no remite a su sexualidad sino a su comportamiento social según los parámetros grupales. Coco en el bufett del club tomando unas cervezas me decía que pelearse por la camiseta que uno ama era cuestión de “guapos”, que uno debe demostrar que se la aguanta. Entonces, le pregunté si era una cuestión de hombría, de ser hombres. Entre risas me dijo que no, que se acordaba de un conocido hincha que era *“puto y se la reaguantaba”*. Con el vaso en la mano y gesticulando exageradamente decía: *“el culo puedes ponerlo en donde quieras pero tenés que aguantar, hay que ser guapo”*.

Ser “puto” es ser dominado, no tiene que ver con la homosexualidad sino con el poder. Ernesto Rodríguez (2001) dice que gran parte de los argentinos creen que si un hombre viola a otro no está ejecutando un acto homosexual sino un gesto de poder. Los pibes expresan esta distinción, entre acto homosexual y gesto de poder, en dos planos distintos, en las prácticas y en los discursos. En torno a las prácticas violentas, Coco decía que los rivales denominados putos al ser derrotados no eran homosexuales sino que no se la aguantaban. En el plano de los discursos, en los cánticos y relatos la masculinidad está asociada a lo activo y lo femenino a lo pasivo respecto a los roles sexuales. Por esto es un verdadero hombre quien *“le rompe el culo al rival”* manteniendo una relación homosexual y es puto aquel que es poseído en esta relación. Los hinchas hacen gestos en los que simbolizan la homosexualidad del rival como pasivo. Mueven la cintura como teniendo relaciones anales con una figura imaginaria, al mismo tiempo que sostienen a este cuerpo invisible por la cintura con las dos manos, simulando la copulación activa de un rival pasivo.

Como afirma Segato (2003) existe una matriz cultural que subordina a lo femenino, en este espacio subordinado se encuentran “los putos”, son exponentes masculinos de los atributos femeninos o de la carencia de los masculinos, que para el caso es lo mismo. Badinter (1994) dice que ser hombre pasa por no ser femenino, no ser homosexual, no ser dócil ni sumiso. Para “los pibes” ser hombre, un macho, tiene los mismos sentidos; aún más puede ser

homosexual pero en la relación debe tener el papel activo, ser el dominador. Por eso cantan. “*le vamos a romper el culo*” o “*chupanos bien la pija*”, lo que importa es el rol no la relación. Badinter dice: “la identidad masculina se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse si es necesario por la fuerza. La identidad femenina, al hecho de ser poseída, dócil, pasiva, sumisa (1994: 165).” Estas dos posiciones están, para los hinchas, asociadas a roles y puede leerse en lo subyacente el papel de lo femenino dominado en el papel que tienen los otros hombres.

De esta forma, la diferenciación entre los polos, hombre y homosexual, pone en juego prácticas y discursos en búsqueda de la distinción. Al mismo tiempo, pone en escena el lenguaje de la subordinación. Entre el “macho” y el “puto” existen diferencias jerárquicas y relaciones de dominación. El macho es tal porque puede en un enfrentamiento robar los atributos masculinos a sus rivales, el dominio se expresa en una retórica del cuerpo y de la violencia. Retórica que envía un mensaje más allá del mismo género, si puede dominar a los hombres, también lo puede hacer con las mujeres. La dimensión simbólica de la violencia, estructura la subordinación de todos los otros, organizando una estructura jerárquica simbólica (Segato 2003). El hombre que puede subordinar a otros hombres, que los convierte en “putos” mediante la violencia, también puede subordinar a la mujer.

Haciéndose hombres

Rambo, en una entrevista recordaba el primer enfrentamiento en el que participó:

“Fuimos a buscarlos a los de estudiantes, yo iba con los que iban al frente, de repente veo un gordo enorme que venía corriendo, cuando me doy cuenta estoy solo, estaban todos como a media cuadra. Me dije me la juego y le di una piña al gordo que lo dejé tirado. Cuando vieron que el gordo cayó todos vinieron para el frente y... yo hacía punta. Después me decían: ‘bien pibe, como le diste a ese’. Yo estaba re contento...imaginate que hasta ese momento, como era muy pendejo no me daban cabida, me cagaban a piñas y me mandaban a la mierda. Una buena piña y cambió todo.”

El final de la frase es significativo, señala que a través de la práctica de enfrentamiento mudó su estatus: dejó de ser un joven (“un pendejo”) rechazado y burlado por los miembros de la hinchada para convertirse en uno más. Ser uno más, en este caso respetado por haber demostrado ser un buen luchador y tener huevos, significa ser reconocido como miembro y, en tanto miembro, también hombre.

El grupo de pares se define en términos masculinos; una canción que ya reproducimos dice: “*yo soy quemero/ así lo siento/ porque el Globito es un sentimiento/ tenemos huevo/ tenemos aguante*”. La hinchada, como venimos sosteniendo, es una comunidad masculina, participar de ella es participar del universo de los hombres.

Al igual que Rambo los hinchas recurrentemente recuerdan el primer enfrentamiento y sugieren que a partir de ese crucial acontecimiento empezaron a ser reconocidos como miembros. Coco contaba que a partir de su primera pelea en la hinchada, en la que se trenzó a golpes de puño con un compañero, empezó a ser “*respetado*” por sus pares. Además, decía que el respeto lo incluía en el mundo de los hombres: “*después de la pelea con el Ruso empecé a ser de ‘los guapos’...de los pibes. No era el ‘más guapo’ pero estaba ahí y ya me respetaban*”. Para Coco como veíamos en el apartado anterior la guapeza es una particularidad de los hombres, entonces, en tanto era respetado por sus pares era parte de un grupo varonil.

La práctica en enfrentamientos grupales o individuales, donde se posibilita demostrar las habilidades en “el aguante”, permite a los novatos, aquellos que anteriormente no habían participado de dichas luchas, probar su masculinidad. La literatura antropológica ha estudiado exhaustivamente sobre los ritos de iniciación masculina (Segato 2003; Cechetto 2004). Los ritos son una serie de prueba que deben superar los aspirantes para ser instituidos como “verdaderos hombres” según los parámetros de cada grupo.

Para los pibes la participación en hechos violentos se transforma en el acontecimiento que les permitirá ser considerados “realmente” hombres, en tanto que han abandonado un territorio de masculinidad discursiva para ahondar en las acciones que definen lo masculino. Tito comentaba como sus pares de la hinchada en un partido ante Velez, en cancha de este club, lo incitaron a tomarse a golpes de puño contra un rival. Él era joven y hacía poco tiempo que participaba en el grupo. La instigación, ejercida por dos líderes de la hinchada, establecía que él debía probar su aguante y el de la hinchada de Huracán y, para eso debía “*agarrarse a piñas*”. Tito me contó con entusiasmo como fue esa pelea, narrándome los pormenores de piñas, patadas y cabezazos. Esta pelea lo introdujo en el mundo de “la hinchada”; a partir de ese momento empezó a ser respetado por sus compañeros. Bourdieu (1993), señala que los actos de institución¹⁰ marcan una diferencia entre un antes y un después de la consagración, pero especialmente distingue entre los practicantes y no practicantes. De esta manera los ritos de institución son observados como mecanismos de consagración de una distinción. Como el mismo autor afirma posteriormente cuando analiza la dominación masculina, los ritos de instauración:

“Buscan instaurar, en nombre y en presencia de toda la colectividad movilizada, una separación sacralizante, no sólo, como hace creer la noción de rito de paso, entre los que *ya* han recibido la *marca distintiva* y los que *todavía* no lo han recibido, por ser demasiado jóvenes, pero también y, por sobre todo, entre los que son socialmente dignos de recibirla y las que *están excluidos para siempre*, es decir, las mujeres” (Bourdieu 2000:39)

Para los miembros de la *banda* la participación en actos de violencia otorga el “aguante”, diferenciando al consagrado de aquellos sujetos que aún no han atravesado esta barrera demarcatoria; pero además, diferencia al practicante de aquellos que nunca atravesarán ese límite. Bourdieu manifiesta que los ritos de iniciación masculina posibilitan especialmente distinguir al hombre de la mujer. La participación en actos de violencia distingue al “macho” de la mujer, y también, lo diferencia de aquellos hombres que no

atravesaron ese límite; dos tipos de hombres no instituidos quedan al margen de la línea demarcatoria, los que nunca la atravesaran y aquellos que todavía no la han atravesado pero que lo harán en otra oportunidad.

La práctica violenta es un acto de institución, en la que el practicante es instituido como macho. El rito o acto de institución permite ver la doble diferenciación entre el sujeto instituido, el que no lo está momentáneamente y el que nunca lo estará. En cambio, la noción de rito de paso posibilita dar cuenta de una sola de las distinciones, la que muestra las diferencias entre los instituidos y los sujetos que aún no lo han sido. La temática que aquí Bourdieu analiza fue investigada anteriormente por Van Gennep y por Víctor Turner. Estos autores señalan la existencia de una secuencia en los ritos de paso, condición que no es señalada por Bourdieu en la noción de ritos de institución. En su obra “Ritos de Paso” (1986), Van Gennep afirma que existe un esquema en los ritos que él denomina de paso; separación, liminalidad o de margen, postliminares o de agregación. De la misma manera, Turner (1974) enfoca su análisis en la fase liminal de los ritos de transición, afirma que existen distintas fases en los actos que tienen como objetivo cambiar el status de un individuo o grupo. A diferencia de estos enfoques, Bourdieu analiza los actos de institución sin resaltar la existencia de distintas etapas en la acción de integración; su postura se adecua a mis observaciones de campo, ya que no descubro la existencia de fases demarcadas. Sin embargo, observo la distinción que realizan “los pibes” entre quienes han realizado prácticas violentas y quienes nunca han realizado estas prácticas.

Julian Alves (1993) estudia los ritos de iniciación entre los jóvenes portugueses; señalando que los niños de la clase trabajadora de Ajuda en Lisboa a través de los relatos en que narran actitudes viriles y adultas realizan el paso a otros grupos de edad. A través de los relatos que los sitúan como practicantes de actos heroicos, los jóvenes portugueses, realizan el salto etario. Para los miembros de la *hinchada*, lo que distingue al hombre del no-hombre es

la práctica, son las acciones violentas la prueba de virilidad ante los pares. Es cierto que luego de realizadas estas acciones serán narradas hasta el cansancio, pero el acto de institución queda establecido a partir de la práctica violenta. La gran diferencia entre los jóvenes portugueses y los hinchas, radica en que los relatos se convierten en la herramienta de paso para los niños portugueses ya que su accionar viril es una acción individual, en cambio los pibes se instituyen como hombres en una actividad grupal con todos sus compañeros como testigos. La práctica es lo relevante y no los relatos posteriores porque en aquella han demostrado ser “verdaderos hombres”. La acción de relatar estas prácticas tiene la meta de reafirmar la distinción sobre aquellos grupos que no utilizan la violencia como instrumento de identificación.

De esta forma, los jóvenes se ven coaccionados a realizar prácticas de este tipo para ser aceptados como hombres por sus compañeros. Similarmente, Armstrong (1998, 163) manifiesta que los grupos de jóvenes hooligans poseen ritos de paso masculinos, que insertan a los practicantes en un universo adulto; por ejemplo, a través del consumo desmesurado de bebidas alcohólicas. Los jóvenes hooligans perciben la acción de emborracharse en pubs y otros lugares de reunión como una actitud masculina y adulta. La gran ingesta de bebidas alcohólicas los lleva a conductas agresivas y belicosas, que finalizan en peleas. Sin embargo, la borrachera resulta como una excusa para los protagonistas de los enfrentamientos, ya que las peleas sucederían de la misma manera si los combatientes no estuviesen ebrios.

Para los miembros de la banda de Huracán la participación en hechos de violencia comprende el salto de una masculinidad discursiva, que es percibida como irreal, a una masculinidad real. El aguante surge como la práctica legitimante que permite ir de un estadio a otro. El luchador que en un campo de batalla ha probado ser poseedor de las habilidades que deben poseer los hombres, ha sido instituido por sus compañeros como macho. Instituir “es consagrar, es decir, sancionar y santificar un estado de cosas, un orden establecido” (Bourdieu

1993:115). Por ser practicantes, los integrantes de la hinchada se insertan en un mundo masculino, donde está aceptado que la acción de lucha es la herramienta de distinción entre el hombre y el no-hombre.

Es interesante notar que la participación en los enfrentamientos permite a los sujetos la identificación como parte de “la hinchada”, nadie que no haya participado de hechos violentos puede ser considerado como parte del grupo. Participar en las peleas, en los combates, es señal que detenta el ingreso al grupo de pares, al mismo tiempo que afirma la masculinidad. El acto de institución es un ejercicio social, que consagra a los practicantes, pero esta nueva identidad suministra a los hinchas formas de actuar. Tal como señala Bourdieu:

“El acto de institución es un acto de comunicación, pero de una clase particular: notifica a alguien su identidad y se la impone, la expresa ante todos y le notifica con autoridad lo que es y lo que tiene que ser” (1993:117).

La participación en la lucha legitima la masculinidad no sólo de los novatos sino también de los participantes que con anterioridad han actuado en otros enfrentamientos. Sin embargo, la masculinidad siempre debe ser probada.

La masculinidad a prueba

Ramón giró sobre si mismo y tiró un puñetazo que pasó a pocos centímetros del rostro rival. Éste lo agarró de la cintura y con un fuerte movimiento lo empujo hacia la pared. Se trezaron en una brutal lucha cuerpo a cuerpo: cabezazos, puntapiés y manotazos cortos iban de un lado a otro. En el hall de entrada de la sede de la calle Caseros se hizo un silencio profundo, varios socios que pasaban se acercaron a mirar. En el descanso de la escalera, que une el hall con las oficinas de la presidencia, los luchadores forcejeaban y se insultaban; abajo, como en una platea preferencial, unas veinte personas mirábamos la reyerta. Ramón estaba vestido con una campera del club, zapatillas y un pantalón deportivo. Su ropa lo

ayudaba a moverse con soltura y pericia. El rival, que luego me enteré que pertenecía al departamento de prensa, estaba vestido con zapatos, jeans y camisa; así, se encontraba preso de su indumentaria que le impedía desenvolverse con agilidad. Ramón tiraba cabezazos certeros que parecían estar mellando la defensa del contrincante. Aparecieron unos colegas del dirigente e intercedieron por éste. Uno sostenía un palo amenazante y otros dos intentaron tomar a Ramón por la espalda. Él viéndose en desventaja se fue por una puerta que conecta el descanso de la escalera con el gimnasio de handball. Antes de irse insultaba e invitaba a cada uno de los recién llegado a pelear “*mano a mano*”. Tiempo después hablé con Ramón sobre la pelea. Recordó que el rival lo había acusado de robar, dice que “*el gil de prensa*” le había dicho “*ustedes los de la hinchada que se roban todo*”. Ramón dice haber reaccionado violentamente ante una acusación falsa y maliciosa; estaba indignado, le parecía injusto que justo a él le digan eso, él que nunca se había quedado “*con una moneda del club*”. Le pregunté si por esas palabras había decidido pelearse, y me contestó que sí, que se sentía ofendido. Dijo, argumentando la pelea, que no podía permanecer impávido ante una sentencia tan difamatoria, sus palabras fueron “*no podía quedar como un puto*”.

Aquel joven con sus dichos había puesto a Ramón ante la necesidad de restaurar el honor mancillado. La pelea era uno de los posibles desenlaces para recuperar la honra perdida. Hete aquí que la forma que Ramón considera válida para afrontar la deshonra no es la confrontación verbal sino la lucha a golpes de puño. Podría haber dejado pasar la afronta pero reacciona a la misma y lo hace a través de golpes de puño. Este tipo de acción señala una membresía y una forma de actuar que caracteriza a los miembros de la hinchada. Ante un insulto de tamaño categoría no puede quedarse de brazos cruzados y decide pelear; pero, además, decide pelear porque siente que esas palabras son una provocación inevitable. Si él hubiese dejado pasar la afronta hubiese quedado como un puto.

El hincha instituido como macho está obligado a actuar a la altura de su identidad. Por eso, el aguante debe ser probado asiduamente. Los miembros de “la hinchada” que con anterioridad han participado de episodios violentos deben participar de las peleas, porque de lo contrario serán tratados como “putos”. Rehusar un enfrentamiento convierte al sujeto que actúa de esta manera en un no-hombre; el macho nunca debe perder la oportunidad de probar su aguante. La masculinidad se conquista a través de superar pruebas (Segato 2003; Badinter 1994, Cechetto 2004) y una de ellas es, para los hinchas, la participación en enfrentamientos físicos. Badinter (1994) dice que ser hombre “implica un trabajo”, que hay que fabricar la virilidad; es más, ésta autora afirma que el proceso de construcción de la masculinidad es más exigente que el de la feminidad cuya edificación se sustenta más en los ciclos biológicos corporales y en la posesión de los órganos femeninos¹¹.

Los pibes se encuentran comprometidos a mostrar sus atributos en un campo de batalla y, así, su accionar no puede ser cuestionado, “*nadie les puede decir nada*”. El individuo que certifica su masculinidad a partir de la participación en este tipo de actos de violencia se encuentra exento de todo tipo de dudas acerca de su hombría, ya que posee como documentación de ésta, la presencia en un campo de batalla que reafirma su coraje y virilidad. El aguante está ligado al respeto, aquellos que lo poseen son sujetos incuestionables, respetados por todos. Pitt-Rivers analiza cómo aquellos que poseen el honor “están por encima de las críticas”, ya que el “honor hace de garantía contra el deshonor, por la sencilla razón de que coloca a un hombre en una posición en que no se puede desafiar ni juzgar” (1980). Poseer el aguante los transforma en sujetos con actitudes ideales dentro de parámetros del grupo, los nutre de prestigio y respeto por sus pares. Álvarez (2004) menciona a la violencia como uno de los principales mecanismos utilizado para obtener reconocimiento entre los hombres de la comunidad en la que él trabaja en los Andes Colombianos.

A las piñas, a los tiros o a los pedrazos son las formas que tienen los hinchas de mostrar la particularidad que los distingue. En varias oportunidades, la posesión del aguante debe remitir a experiencias anteriores. Las formas corporales, los gestos y las maneras de hablar (tonos y frases) remiten a estas experiencias y tienen como objeto exhibir señales del pasado que los incluyan en estos relatos. El recuerdo de incidentes, de enfrentamientos con la policía, con hinchadas rivales o con otros integrantes del grupo, son parte cotidiana de los discursos, pero también las experiencias pasadas emergen a través de cánticos, marcas en el cuerpo, gestos y otras expresiones.

La memoria y los recuerdos tienen su potencialidad limitada, ya que los actores instauran una diferencia entre discurso y práctica que tiene como sentido reafirmar el valor legítimo de la última. Para mostrarse poseedores deben exhibirse practicantes de estas acciones, porque la posesión es real sólo cuando es práctica y no simbólica (Alabarces 2004). Aquellos que poseen una posición corporal y gestos intimidantes o formas de hablar amenazantes pero que nunca han sido parte de una lucha o un enfrentamiento son considerados por sus compañeros como falsos, son “chamuyeros” (Alabarces 2004; Garriga 2005; Dodaro 2005).

Desafiar al rival a un enfrentamiento es retar a ver quien tiene más aguante. “*Defe no chamuyes más/Defe no chamuyes más/Te esperamos a la salida/para ver que hinchada/se la aguanta más*”. Es en estas peleas, a la salida del estadio, en sus inmediaciones, donde los hinchas prueban su aguante. Los hinchas realizan una distinción entre discurso y práctica, distinción que remarca que sólo la violencia como práctica puede indicar la masculinidad. Las disertaciones, los cánticos, los relatos y otras afirmaciones masculinas en plano discursivo deben testimoniarse en prácticas que lo acrediten. Dal Lago y Moscati (1992) analizan el tema de la distinción realizada por los grupos de jóvenes hinchas italianos entre discurso y práctica. Estos autores remarcan que no existe una diferencia tajante entre ambas dimensiones; y, que

las dos permiten la construcción de señales identitarias de género. Los hinchas argentinos, a diferencia de los italianos, otorgan un lugar de extrema importancia a las prácticas. De hecho, el discurso no permite la identificación con lo masculino si no es acompañado de una práctica violenta. Otra canción que tiene el mismo sentido dice: “*Defe, defe compadre la concha de tu madre/Si tenés tanto huevo/Si tenés tanto aguante/Te esperamos en las vías/vamo’ a hacer un combate*”. En estas estrofas podemos ver el desafío y, nuevamente, los huevos como señal de coraje y valentía. Es la práctica de enfrentamiento aquella que edifica la señal de pertenencia masculina. Es en la lucha, a las piñas, que se prueba el aguante y no por medio de la autoadscripción narrativa.

Una canción, que ya reprodujimos, dice en una estrofa: “*Che Cuervo cagón ya no chamuyes más/ porque va a perder un trapo más*”. La frase funciona como una advertencia al rival que manifiesta discursivamente su superioridad en la lucha, pero que no puede demostrarlo en un campo de batalla. Otra canción, dicen en una de sus partes: “*no somos como los putos de boedo/oohh, oohh/ que chamuyan y siempre salen corriendo/ oohh los corrimos allá en el Puente Alsina/ sos la hinchada mas puta de la argentina ohh*”. Este tipo de canciones hacen referencia a peleas pasadas, pero simultáneamente declaran al adversario propenso a hablar y no a actuar. No pueden probar el aguante que dicen tener. Así, “las hinchadas”, a través de las canciones, afirman la posesión del “aguante”, y por medio de pruebas exhiben la falta de este bien simbólico por parte del contrincante y su propensión a “chamuyar”. Las pruebas son los recuerdos de combates exitosos y los trofeos de guerra; por ejemplo, las banderas rivales y los relatos de lo acontecido en Puente Alsina.

El aguante permite franquear una masculinidad percibida como discursiva, imaginaria, irreal, transformándola en real. Los hombres crean distinciones entre ellos agregando la etiqueta de calidad “verdadero” y se interrogan para saber si merecen esa calificación

(Badinter 1994). Entre “los pibes” la etiqueta de “verdadero” se coloca a aquellos sujetos que son practicantes de hechos de violencia.

La diferencia creada por los hinchas entre discurso y práctica tiene como sentido reafirmar el valor legítimo de la práctica. No es hombre el que dice serlo sino el que lo ha probado. Los integrantes de la hinchada no practicantes de acciones violentas, los que abandonan a sus compañeros en el transcurso de una pelea, no recibirán entradas de favor, no podrán viajar en los micros rentados por la hinchada o serán impedidos de concurrir a los partidos que juegue su equipo. Existen sanciones, y algunas de ellas muy agresivas, sobre los compañeros que abandonan a sus colegas y huyen de un enfrentamiento contra grupos rivales. Ramón decía que si viajabas en los micros con los pibes debías estar preparado “*a todo...si se arma un combate hay que bajar...no podes dejarlos de garpe. Yo los conozco a los pibes desde chico, no podes dejarlos de garpe*”.

La práctica violenta como única herramienta legítima de identificación con lo masculino crea una competencia para saber cuál hinchada posee aguante, una competencia masculina que interpela a todos los grupos rivales como alteridad ante la que se debe probar la hombría. Armstrong (1999) manifiesta la existencia de competencias similares a las descubiertas entre las hinchadas del fútbol argentino entre los hooligans ingleses, dado que los grupos adversarios se desafían para saber quiénes son mejores peleadores.

Bourdieu afirma que la virilidad “tiene que ser revalidada por los otros hombres” (2000:70). De esta manera, los hinchas que no actúen de la forma socialmente estipulada no serán aceptados como “verdaderos hombres”. El grupo de pares evalúa el accionar de sus compañeros y aprueba su inclusión o la rechaza (Segato 2003). Bourdieu manifiesta que algunos ritos de institución “exigen auténticas pruebas de virilidad orientadas hacia el reforzamiento de las solidaridades viriles...que tienen por objetivo a los que se ponen a prueba a afirmar delante de los demás su virilidad” (2000:70). Los miembros de la banda,

para ser considerados como hombres por sus pares, participan de los enfrentamientos contra grupos similares y así prueban su masculinidad.

Esto nos lleva a reflexionar sobre la fragilidad de esta masculinidad que siempre debe ser probada. Badinter (1994) dice que la masculinidad es inestable y vacilante. La necesidad de ser continuamente probada no la refuerza, por el contrario la hace aun más endeble. La masculinidad por tener su institución a prueba crea un estatuto irresoluto, incompleto.

La necesidad de los pibes de ser concebidos como “hombres” por sus pares y por los adversarios los obliga a ser violentos para nos ser considerados como cagones o putos. Algunas formas de valentía tendientes a confirmar la virilidad, con la meta de ser reconocidos como verdaderos hombres, “encuentran su principio, paradójicamente, en el miedo a perder la estima o la admiración del grupo” (Bourdieu 2000). El temor de ser excluidos del mundo de los hombres, los urge a actuar de forma violenta para probar su virilidad.

Machos y distintos

En el ámbito del fútbol encontramos dos conceptos de aguante. La diferencia radica en “las peleas”, en “los combates”; mientras algunos espectadores llaman aguante al fervor y a la fidelidad por el club de sus amores, los pibes señalan el aguante sólo vinculado al enfrentamiento corporal. El aguante concebido de formas distintas se conforma como herramienta de identificación, distinguiendo dos universos de simpatizantes distintos y masculinidades diferentes: la de “los pibes” y la del resto de los espectadores (Garriga y Moreira 2006). Elbaum (2003) manifiesta que el aguante es un mensaje dirigido a otros hombres más que a las mujeres y que en la misma operación se busca ganar respeto y reconocimiento y se diferencia “tanto de lo opuesto a la virilidad como a las formas ‘lavadas’ de la hombría” (2003:144).

Archetti (1985) sostenía que los simpatizantes argentinos son actores del espectáculo futbolístico, que a través de su acción no sólo ponen en juego el prestigio del club sino también la masculinidad de los participantes. Para los integrantes de la hinchada son muchas las prácticas que están vinculadas a la identificación con el universo masculino. Por ejemplo: ciertos movimientos corporales, los juegos de manos, el consumo de alcohol y de estupefacientes, etc. Sin embargo, ninguna de estas prácticas asegura la inclusión al mundo masculino sino es probada a través de la participación en hechos de violencia.

La masculinidad violenta es parte de un estilo. Estilo que define un “nosotros” y un “ellos”, a través de prácticas y representaciones distintivas. El “nosotros” engloba a todos los que hacen de la violencia un índice de masculinidad y los distingue de los “otros”, que son los que no definen a la violencia como marca masculina. Así priorizamos el estudio de las relaciones con otros estilos masculinos, dando cuenta de dimensiones de poder y jerarquías dentro del mismo género (Rojo 2001). Podemos de esta forma observar masculinidades hegemónicas y legítimas y otras construidas en forma alternativa a esos modelos dominantes.

Detrás de cada estilo masculino surge la problemática de género; ya que cada estilo masculino tiene una forma particular de posicionarse en la dimensión de poder frente al género opuesto. La perspectiva de género, según Scott (1990), permite exhibir a la acción cultural como formadora de las ideas que dicen cómo deben ser y actuar los hombres y cómo las mujeres. Detrás de la acción cultural emergen las relaciones de poder que antes parecían invisibilizadas, mostrando dominados y dominantes, que ya no asoman como expresiones naturales de una diferencia biológica sino como construcciones sociales. Estas definiciones sociales de lo biológico aparecen también dentro de cada género, delimitando formas de hacer y de ser, aceptadas y rechazadas. Analizar las distinciones al interior de cada género promete romper la dicotomía masculino/femenino exhibiendo las distintas formas de ser hombre y de ser mujer.

Así mismo, no podemos dejar de mencionar que este estilo, que une virilidad y violencia, se combina con otros. Los estilos tienen contextos de actuación, es decir que en una misma persona se yuxtaponen diferentes estilos (Cechetto 2004). De hecho el estilo violento, es exhibido en ciertas ocasiones y otras no; por ejemplo, ante la policía se ocultan particularidades del estilo ya que pueden ser detenidos o golpeados. Además de este uso instrumental del estilo, los hinchas están atravesados, entrelazados, por “múltiples” discursos que generan distintos estilos. Por ejemplo, los pibes que hacen de la violencia un elemento representativo en el contexto del fútbol se los puede observar en ámbitos distintos con prácticas y representaciones que refieren a otros estilos. Para ilustrar, podríamos comentar el caso de un simpatizante que era participante de prácticas violentas en el fútbol y se mostraba como un padre dedicado y preocupado en la crianza de su niño, asumiendo que esa era parte de su hombría. Por otro lado, en referencia a la yuxtaposición de estilos, en muchas oportunidades he escuchado a los hinchas alardear, bromear y comentar anécdotas de su vida sexual quedándome claro, que para ellos, es ahí otro de los lugares donde la masculinidad se sustenta.

El proceso de construcción de la masculinidad tiene sentido y es referencial al proceso de constitución de la feminidad (Badinter 1994). En este trabajo proponemos analizar el estilo masculino en contraposición con otros estilos masculinos. Sin embargo, sería de una miopía analítica no mencionar que la feminidad hace su aparición todo el tiempo y por distintos lados. La masculinidad violenta está dialogando con una feminidad que observa a sus prácticas con buenos ojos; los pibes saben que ser reconocido según estos valores es un recurso para conquistar mujeres. Es así, que analizaremos las relaciones de género, pero principalmente las relaciones dentro del género. Por que creemos, como Archetti, que un hombre necesita de una mujer para reafirmar su masculinidad, pero que hay contextos

“eminentemente masculinos donde ‘los otros’ relevantes son los hombres- distintos tipos de hombres“(2003, 160).

Tirando piedras, pegando palazos a los contrincantes, disparando un arma de fuego o peleando “mano a mano” los miembros de la hinchada señalan un límite, marcan una diferencia entre dos tipos de hombres. Pelear contra hinchadas adversarias, participar en luchas intestinas dentro del grupo, agredir a espectadores que no son parte de la banda y chocar contra la policía son señales de la distinción entre los que tienen aguante y lo que no lo tienen, definiendo en la práctica dos tipos de hombría.

¹ Comúnmente son denominados “barras bravas”; pero este término no será utilizado, debido a que contiene una carga negativa que no queremos reproducir. Para referirnos a estos grupos organizados de hinchas, utilizaremos los nombres nativos: como “hinchada”, “los pibes” o “la banda”. Asimismo, nombraremos como hinchas a los miembros de dichos grupos diferenciándolos del resto de los espectadores.

² El club Huracán está ubicado en el barrio de Parque Patricios en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires. En éste se desarrollan un sinnúmero de actividades deportivas, pero la más importante es el fútbol profesional. El club Huracán es denominado el Globo, este es el símbolo que lo representa: un globo aerostático. Por otro lado, también se lo denomina Quemero, porque cerca del estadio estaban los terrenos destinados a quemar la basura de la ciudad de Buenos Aires. El rival de Huracán es San Lorenzo, a sus simpatizantes los llaman los Cuervos, éste club queda en Boedo un barrio lindero a Parque de los Patricios.

³ Los términos nativos serán puestos sin comillas ni cursivas para agilizar la lectura.

⁴ Todos los nombres son ficticios para mantener el anonimato de los informantes.

⁵ Ser un mejor luchador que el resto de sus compañeros es el elemento que lo llevo a ser ungido como líder.

⁶ En esta canción, se vislumbra que la falta de aguante es propia de “los vigilantes”; asociando la falta de aguante y la policía, tema que no será analizado en éste trabajo.

⁷ Esta canción posee otros datos acerca de la distinción nativa entre práctica y discurso que serán analizados más adelante.

⁸ Además este informante me comentaba “*que el quería ser macho en todos lados, en el trabajo, con la señora, con los amigos, en todos lados*”. La violencia que se hace pública entre hombres puede tener alguna relación con episodios de violencia domestica, que deben ser analizados en otro trabajo; varios informantes me comentaron que en algunas circunstancias “fajaron” a sus mujeres. El fútbol es una arena donde probar la hombría frente a otros hombres pero puede ser que está masculinidad violenta tenga sus correlatos puertas adentro, en la vida familiar. Álvarez (2004) propone analizar los vínculos entre la violencia política y la violencia domestica, en ese sentido la violencia de los hinchas, aceptada según sus parámetros, podría estar vinculada a otras prácticas violentas.

⁹ El bicho es el sobrenombre que toman los simpatizantes de Argentino Juniors club emplazado en el barrio porteño de La Paternal.

¹⁰ Bourdieu utiliza indistintamente los términos acto de institución y rito de institución. En este trabajo emplearé el primer uso, ya que los conceptos de rito y ritual no fueron utilizados en el análisis de las acciones de los miembros de la hinchada de Huracán.

¹¹ Considero que la autora hace un esfuerzo teórico y epistemológico por desnaturalizar la masculinidad y no realiza el mismo esfuerzo para desesencializar lo femenino.

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo Et. Al .2000. "Aguante' y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina". En Alabarces, Pablo (org.). *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires, Editorial CLACSO.
2004. *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- ÁLVAREZ, Santiago. 2004. *Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires, Antropofagia.
- ARCHETTI, Eduardo. 1985. *Fútbol y ethos*. Buenos Aires FLACSO, Serie investigaciones.
2003. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.
- ARMSTRONG, Gary. 1999. *Football Hooligans*. New Cork, Berg.
- BADINTER, Elisabeth. 1994. *XY La Identidad Masculina*. Barcelona, Editorial Norma.
- BOURDIEU, Pierre. 1993. "Los ritos como actos de institución". En: Pitt-Rivers, Julian y Peristiany, J.G (eds.) *Honor y Gracia*. Madrid Alianza, Universidad.
1994. "Deporte y clase social". En: AA.VV. (1994): *Materiales de sociología del deporte*. Genealogía del poder/23, Madrid, Ediciones de la Piqueta.
1997. *Razones práctica*. Anagrama, Barcelona.
2000. *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.
- BROMBERGER, Chistian .1993. "Fireworks And the Ass", en Rehead, S. (ed), *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe*. Aldershot, Ashgate.
- CECHETTO, Fatima Regina. 2004. *Violencia e estilos de masculinidade*. Rio de Janeiro, Editorial FGV.

- DAL LAGO, Alesandro y DE BIASSI, Rocco. 1994. "Italian Football fans: Culture and organization". En: Giulianotti, R, Bonney, N, Hepworth, M (Ed) (1994) *Football, Violence and Social Identity*. London- New York, Routledge.
- DAL LAGO, Alesandro y MOSCATI Roberto. 1992. *Regalateci un sogno. Mito e realta del tifo calcistico in Italia*. Milano, Bompiani.
- DODARO, Christian 2005 "Aguantar no es puro chamuyo. Estudio de las transformaciones de un concepto nativo". En: Alabarces Pablo y otros: *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo.
- ELBAUM, Jorge. 1998. "Apuntes para el 'aguante'. La construcción simbólica del cuerpo popular". En: Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto y Fridenberg, Julio (comp) *Deporte y Sociedad*. Buenos Aires, Eudeba.
- FONSECA, Claudia.2000. *Familia, fofoca e honra. Etnografía de relacoes de genero e violencia em grupos populares*. Porto Alegre, Ed. Universidade.
- GARRIGA ZUCAL, José. 2005. "*Haciendo amigos a las piñas*. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol", Tesis de Maestría en Antropología Socail, IDES-UNSAM, mimeo.
- GARRIGA ZUCAL, José y MOREIRA, Verónica (2006) "El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia", en Míguez, Daniel y Seman, Pablo (comp) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- GIL, Gastón. 1998. "La construcción de la masculinidad en los cánticos de las hinchadas deportivas". Ponencia presentada en el Congreso de Ecuador 1999.
- GIULIANOTTI, Richard. 1993. "Soccer casuals as cultural intermediaries", en Steve Redhead (ed.): *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe*, Aldershot: Avebury.

JARDIM, Denise Fagundes. 1993. “Performances, reprodução e produção dos corpos masculinos”. En: Fachel Leal, Ondina (org). *Corpo e significado. Ensaios de Antropologia Social*. Porto Alegre, Editora da Universidade federal do Rio Grande do Sul.

MAUSS, Marcel. 1974. *Sociología y Antropología*. Madrid, Editorial Tecnos

PITT-RIVERS, Julián. 1980. *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona, Editorial Crítica.

ROJO, Luiz Fernando. 2001. *Os diversos tons do branco*. Rio de Janeiro, Litteris Ed.

RODRÍGUEZ, Ernesto. 2001. “Fútbol y homosexualidad (un deporte para machos)”. En Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto y Fridenberg, Julio (comp) *Deporte y Sociedad*. Eudeba, Buenos Aires

SEGATO, Rita Laura. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal, Prometeo-Universidad Nacional de Quilmes.

SCOTT, Joan. 1990. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En Amelang, James y Nash, Mary, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.

TURNER, Víctor. 1974. *Dramas, fields and Metaphors*. Ithaca, Cornell University Press.

VAN GENNEP, Arnold. 1986. *Los ritos de paso*. Madrid, Taurus ediciones.